

## UNO

Soy un reloj de arena.

Mis diecisiete años se han derrumbado y me han sepultado. Noto las piernas llenas de arena y unidas como si fuesen una sola. Mi mente rebosa granos de indecisión, elecciones que no he tomado e impaciencia a medida que el tiempo huye de mi cuerpo. La manilla de un reloj me golpea ligeramente a la una y a las dos, a las tres y a las cuatro, y me susurra: hola, levántate, ponte en pie, es hora de

despertar,

despertar.

—Despierta —susurra él.

Tomo aire profundamente y abro los ojos, pero no me levanto. Estoy sorprendida, aunque no asustada. Por alguna razón, fijo la mirada en los verdes y ansiosos ojos que parecen saber demasiado y demasiado bien. Aaron Warner Anderson está inclinado sobre mí. Me examina con expresión preocupada y mantiene la mano suspendida en el aire como si hubiese estado a punto de tocarme.

Se echa hacia atrás y me mira sin pestañear, con el pecho agitado.

—Buenos días —doy por sentado.

Dudo de mi voz, de la hora y del día que es hoy, de las palabras que salen de mis labios y de este cuerpo que me contiene.

Lleva una camisa blanca medio por fuera de unos pantalones negros sorprendentemente pulcros. Las mangas de la camisa están dobladas por encima de los codos.

Sonríe como si le doliera hacerlo.

Me incorporo y Warner se acerca para ayudarme. Tengo que cerrar los ojos ante un mareo repentino y me obligo a permanecer inmóvil hasta que se me pasa esta sensación.

Me siento. Estoy cansada y débil por el hambre, pero, aparte de tener el cuerpo dolorido, parece que estoy bien. Sigo viva. Respiro, pestañeo y me siento humana, y sé perfectamente por qué.

Lo miro a los ojos.

—Me has salvado la vida.

Me dispararon en el pecho.

El padre de Warner me metió una bala en el cuerpo y todavía noto los ecos del disparo. Si me concentro, puedo revivir el momento exacto en que ocurrió; ese dolor tan intenso e insoportable. Jamás conseguiré olvidarlo.

Contengo la respiración sobresaltada.

Al fin me doy cuenta de lo extrañamente familiar que me resulta esta habitación y enseguida me invade el pánico al descubrir que no me he despertado donde me quedé dormida. Se me acelera el corazón y me aparto poco a poco de él, golpeándome la espalda contra el cabecero, aferrándome a las sábanas, tratando de no mirar hacia la lámpara de araña que recuerdo demasiado bien.

—No pasa nada —dice Warner—. Todo va bien.

—¿Qué hago aquí? —Pánico, pánico; el terror me nubla la consciencia—. ¿Por qué me has vuelto a traer aquí?

—Juliette, por favor, no te haré daño.

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí? —Mi voz empieza a fallar y lucho por mantenerla firme—. ¿Por qué me has vuelto a traer a este infierno?

—Tenía que esconderte. —Suspira y vuelve la vista hacia la pared.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Nadie sabe que estás viva. —Se gira para mirarme—. Tuve que regresar a la base. Necesitaba fingir que todo había vuelto a la normalidad y me estaba quedando sin tiempo.

Me obligo a guardar el miedo bajo llave.

Analizo su rostro y su tono paciente y serio. Me acuerdo de él anoche. Tuvo que ser anoche. Recuerdo su rostro junto a mí en la oscuridad. Fue tierno, amable, gentil y me salvó la vida. Probablemente me llevó hasta la cama y me arropó. Tuvo que ser él.

Sin embargo, cuando miro mi cuerpo, veo que llevo ropa limpia, sin manchas de sangre ni agujeros ni nada en ninguna

parte, y me pregunto quién me ha lavado, quién me ha cambiado. Me preocupa que también haya podido ser Warner.

—¿Tú me...? —Vacilo, toco el dobladillo de la blusa que llevo—. ¿Mi ropa?

Sonríe. Me mira fijamente hasta que me sonrojo y decido que lo odio un poco. Después niega con la cabeza y se mira las palmas de las manos.

—No —dice—. Las chicas se encargaron de eso. Yo solo te llevé hasta la cama.

—Las chicas —susurro, aturdida.

*Las chicas.*

Sonia y Sara. Ellas también estaban allí. Las gemelas sanadoras ayudaron a Warner. Lo ayudaron a que me salvara porque ahora él es el único que me puede tocar, la única persona del mundo que habría sido capaz de transferir de forma segura el poder de curación de las hermanas a mi cuerpo.

Mis pensamientos arden.

*¿Dónde están las chicas? ¿Qué les ha pasado? ¿Dónde está Anderson? ¿Y la guerra? Y, oh Dios, ¿qué les ha pasado a Adam y a Kenji? ¿Y a Castle? Tengo que levantarme, tengo que levantarme, tengo que levantarme y salir de la cama, ponerme en marcha, pero...*

Trato de moverme y Warner me detiene. Pierdo el equilibrio, la estabilidad y es como si mis piernas estuvieran ancladas a la cama. De repente no puedo respirar, veo manchas y me siento mareada. Tengo que levantarme. Tengo que salir.

No puedo.

—Warner. —Mis ojos lo miran frenéticos—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo va la batalla?

—Por favor —dice, agarrándome de los hombros—. Debes empezar poco a poco. Deberías comer algo...

—Dímelo.

—¿No prefieres comer primero? ¿O ducharte?

—No —me oigo decir—. Tengo que saberlo ahora.

Un momento, dos y tres.

Warner respira profundamente un millón de veces. Pone la mano derecha sobre la izquierda y hace girar el anillo de jade del dedo meñique una y otra vez.

—Ha terminado —dice.

—¿Qué?

Lo digo, pero mis labios no producen ningún sonido. Por alguna razón, me he quedado paralizada. Pestaño y no veo nada.

—Ha terminado —repite.

—No.

Dejo escapar la palabra; dejo escapar la imposibilidad.

Warner asiente con la cabeza. No está de acuerdo conmigo.

—No —insisto.

—Juliette.

—No —digo—. No. No. No seas estúpido —añado—. No digas tonterías. No me mientas, por Dios. —Ahora mi voz es alta, frágil y temblorosa—. No —repito, con voz entrecortada—. No, no, no...

De hecho, ahora sí me pongo en pie. Mis ojos se están llenando rápidamente de lágrimas y parpadeo y vuelvo a parpadear, pero el mundo es un caos y quiero reír, porque solo logro pensar en lo horrible y hermoso que resulta que nuestros ojos desdibujen la verdad cuando no podemos soportar verla.

El suelo está duro.

Estoy segura porque de repente lo noto contra mi cara y Warner intenta tocarme, pero creo que grito y aparto sus manos porque ya conozco la respuesta. Seguro que sé la respuesta, pues noto una repulsión que burbujea y perturba mi interior. De todos modos, lo pregunto. Estoy en posición horizontal, pero aun así sigo cayendo. Los agujeros de mi cabeza se están desgarrando y miro a un punto de la alfombra a menos de tres metros de distancia. Ni siquiera estoy segura de si sigo viva, pero tengo que escuchar cómo lo dice.

—¿Por qué? —pregunto.

No es más que una pregunta estúpida y simple.

—¿Por qué ha terminado la batalla? —pregunto.

No respiro. En realidad ni siquiera hablo, solo expulso letras por los labios.

Warner no me mira.

Observa la pared, el suelo, las sábanas y la forma de sus nudillos al apretar los puños, pero no, a mí no me mira. No tiene intención de mirarme y las palabras que pronuncia a continuación son muy, muy suaves.

—Porque están muertos, querida. Están todos muertos.

## DOS

Mi cuerpo se bloquea.

Se me congelan los huesos, la sangre y el cerebro, lo que genera una especie de parálisis repentina e incontrolable que se propaga por mi cuerpo tan rápidamente que parece que no pueda respirar. Jadeo profundamente, tensa, y las paredes no dejan de tambalearse frente a mí.

Warner me abraza.

—Suéltame —grito, pero, vaya, solo he hablado en mi imaginación, porque mis labios han dejado de funcionar, el corazón se me ha paralizado y la cabeza se ha ido al traste.

Mis ojos, mis ojos... creo que me sangran. Warner me susurra palabras de consuelo que no consigo oír y sus brazos me rodean por completo, tratando de mantenerme de una pieza con su fuerza, pero no sirve de nada.

No siento nada.

—Shhhhh.

Warner me hace callar, me mece en sus brazos, y entonces me doy cuenta de que estoy profiriendo un sonido insoportable y ensordecedor. La agonía puede conmigo. Quiero hablar, protestar, acusar a Warner, culparlo, llamarlo mentiroso, pero no puedo decir nada. No consigo pronunciar ninguna palabra, tan solo sonidos tan lamentables que casi me avergüenzo de mí misma. Me libero de sus brazos, jadeando y doblándome, abrazándome el estómago.

—Adam. —Me atraganto con su nombre.

—Juliette, por favor...

—Kenji. —Estoy hiperventilando sobre la alfombra.

—Por favor, querida, deja que te ayude.

—¿Qué le ha pasado a James? —me oigo decir—. Lo dejaron en el Punto Omega. No le dieron pe-permiso para ve-venir.

—Está todo destruido —dice Warner lentamente, en voz baja—. Todo. Torturaron a algunos de los vuestros para que revelaran la ubicación exacta del Punto Omega. Y luego lo bombardearon.

—Dios mío. —Me tapo la boca con una mano y me quedo mirando fijamente el techo sin pestañear.

—Lo siento mucho —dice—. No sabes cuánto lo siento.

—Mentiroso —murmuro, con voz envenenada. Me siento rabiosa y miserable, y no me importa lo más mínimo—. No lo sientes en absoluto.

Desvío mi mirada hacia Warner y un destello de dolor entra y sale de sus ojos. Se aclara la garganta.

—Lo siento —dice otra vez, tranquilo pero resuelto.

Coge la chaqueta de un estante cercano, donde estaba colgada, y se encoge de hombros sin decir palabra.

—¿A dónde vas? —pregunto, sintiéndome culpable por un momento.

—Necesitas tiempo para procesar todo esto y es evidente que mi compañía no te ayuda. Iré a hacer algunas gestiones hasta que estés preparada para hablar.

—Por favor, dime que estás equivocado —suplico con voz quebrada. Contengo la respiración—. Dime que existe alguna posibilidad de que estés equivocado.

Warner me mira durante un rato que se me hace eterno.

—Si hubiese la más mínima opción de evitarte este dolor —comenta finalmente—, la habría elegido. Sabes que no lo diría si no estuviese completamente seguro.

Y es *esto*, su sinceridad, lo que finalmente me parte en dos.

Porque la verdad es tan insoportable que desearía que me hubiese mentido.

No recuerdo cuándo se fue Warner.

Tampoco recuerdo cómo se fue o qué dijo. Lo único que sé es que llevo tiempo acurrucada aquí en el suelo. El suficiente para que mis lágrimas se hayan convertido en sal; el suficiente para que se me haya secado la garganta, se me hayan agrietado los labios y mi cabeza palpite tan fuerte como mi corazón.

Me incorporo lentamente y mi cerebro se aposenta en algún lugar del cráneo. Consigo subirme a la cama y quedarme

ahí sentada, aún entumecida, aunque ya no tanto, y doblo las rodillas contra el pecho.

La vida sin Adam.

La vida sin Kenji, sin James, ni Castle, ni Sonia, ni Sara, ni Brendan, ni Winston, ni la gente del Punto Omega. Mis amigos, todos muertos tras accionar un botón.

*La vida sin Adam.*

Aguanto firmemente y rezo para que pase el dolor. No desaparece.

*Adam se ha ido.*

Mi primer amor. Mi primer amigo. Mi único amigo cuando no tenía ningún otro se ha ido y no sé cómo me siento. Extraña, sobre todo. Delirante, también. Me siento vacía, rota, engañada, culpable, enfurecida y desesperada. Desesperadamente triste.

Nos separamos al escapar al Punto Omega, pero fue por mi culpa. Él quería más de mí, pero yo deseaba que él viviera una larga vida. Quería protegerlo del dolor que le causaría. Traté de olvidarlo, de seguir adelante sin él, y prepararme para un futuro independiente y lejos de Adam.

Pensé que estar alejada de él lo mantendría con vida.

Idiota.

Ahora las lágrimas frescas caen rápidamente. Viajan en silencio por mis mejillas y se adentran en mi boca, jadeante. Los hombros no dejan de temblarme y mis puños se mantienen cerrados. Noto calambres por todo el cuerpo, mis rodillas chocan y las viejas costumbres se escapan fuera de mi piel: comienzo a contar los chasquidos, los colores, los sonidos y los escalofríos, y me balanceo hacia un lado y hacia el otro, hacia un lado y hacia el otro. Tengo que dejarlo ir. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo.

Cierro los ojos y *respiro*. Son respiraciones ásperas, fuertes y roncadas.

Inspiro.

Espiro.

Las cuento.

Ya he pasado por esto, me digo a mí misma. He estado más sola que ahora, más desanimada que ahora, más desesperada que ahora. Ya he pasado por esto y he sobrevivido. Puedo superarlo.

Pero jamás me habían robado tanto: amor y posibilidades, amistades y futuro, todo volatilizado. Tengo que empezar de nuevo, volver a enfrentarme al mundo, sola. Y debo realizar una última elección: rendirme o seguir adelante.

Así que me levanto.

La cabeza me da vueltas, los pensamientos colisionan unos contra otros, pero bloqueo las lágrimas. Aprieto los puños y trato de no gritar. Me guardo a mis amigos en el corazón y pienso que la *venganza* nunca me había parecido tan dulce como ahora.



## TRES

*Agárrate fuerte.*

*Resiste.*

*Mantén los ojos abiertos.*

*Sé fuerte.*

*Agárrate y resiste.*

*Resiste fuerte.*

*Mantente en pie.*

*Quizás un día acabe.*

*Quizás un día...*

*a c a b e*

*liberándome*

Warner no puede ocultar su sorpresa cuando vuelve a la habitación.

Alzo la mirada mientras cierro la libreta que tengo en las manos.

—Voy a quedarme con esto de nuevo —le digo.

Pestañea.

—Veo que estás mejor.

Asiento por encima del hombro.

—Mi libreta estaba justo aquí, en la mesilla de noche.

—Sí —confirma lentamente, con prudencia.

—Pues me la quedo.

—Lo comprendo. —Sigue junto a la puerta, paralizado, sin dejar de mirarme—. ¿A dónde...? —Menea la cabeza—. Lo siento, pero ¿vas a alguna parte?

Entonces me doy cuenta de que estoy a medio camino de la puerta.

—Tengo que salir de aquí.

Warner se queda callado. Avanza unos cuantos pasos cautelosamente, se quita la chaqueta y la deja sobre una silla

despacio, como si no tuviera ninguna prisa. Saca tres pistolas de la funda que lleva atada a la espalda y se toma su tiempo para colocarlas sobre la mesilla, donde estaba mi libreta. Cuando finalmente alza la vista, una leve sonrisa se dibuja en su rostro.

Manos en los bolsillos. Sonríe un poco más.

—¿A dónde vas, querida?

—Tengo que ocuparme de algunas cosas.

—¿Ah, sí? —Apoya un hombro contra la pared y se cruza de brazos. No puede dejar de sonreír.

—Sí. —Me estoy enfadando.

Warner espera. Me mira y asiente una vez, como diciendo «adelante».

—Tu padre...

—No está aquí.

—Ah.

Trato de ocultar mi sorpresa, pero es que no sé por qué estaba tan segura de que Anderson seguiría por aquí. Esto complica las cosas.

—¿De verdad pensabas que podrías salir de esta habitación —dice Warner—, llamar a la puerta de mi padre y acabar con él?

Sí.

—No.

—Embustera, embustera, te quemarás en la hoguera —dice Warner en voz baja.

Le lanzo una mirada asesina.

—Mi padre se ha ido —comenta Warner—. Ha vuelto a la capital y se ha llevado a Sonia y a Sara.

Jadeo, horrorizada.

—¡No!

Warner ha dejado de sonreír.

—¿Están... vivas?

—No lo sé. —Se encoge de hombros sin más—. Supongo que sí, ya que de otro modo no serían de utilidad para mi padre.

—¿Están... *vivas*? —El corazón me late tan rápido que puede que me dé un ataque al corazón—. Tengo que rescatarlas, tengo que encontrarlas, tengo que...

—¿Que tienes que qué? —Warner me observa de cerca—. ¿Cómo vas a encontrar a mi padre? ¿Cómo lucharás contra él?

—¡No lo sé! —Camino por la habitación—. Pero tengo que encontrarlas. Puede que sean las únicas amigas que me quedan y...

Me detengo.

Me giro de repente, con el corazón en la garganta.

—¿Y si hay otros? —susurro, con miedo a la esperanza. Estamos en medio de la habitación.

—¿Y si hay otros supervivientes? —pregunto, con voz firme—. ¿Y si están escondidos en alguna parte?

—Creo que es poco probable.

—Pero existe alguna posibilidad, ¿no? —Estoy desesperada—. Si existiera la mínima posibilidad...

Warner suspira. Se pasa la mano por el pelo hasta la nuca.

—Si hubieras visto la devastación del modo en que la he visto yo, no dirías esas cosas. La esperanza te volverá a romper el corazón.

Las rodillas me empiezan a ceder. Me aferro a la estructura de la cama, respirando rápido, con manos temblorosas. Ya no sé nada. De hecho ni siquiera sé qué ocurrió en el Punto Omega. No sé dónde está la capital ni cómo llegar hasta allí. Ni siquiera sé si llegaría a tiempo de salvar a Sonia y a Sara. Pero no puedo quitarme esta repentina y estúpida esperanza de que algunos de mis amigos hayan conseguido sobrevivir. Porque son más fuertes que esto... más inteligentes.

—Llevaban mucho tiempo preparándose para la guerra —me oigo decir—. Seguro que tenían un plan B, un lugar donde ocultarse...

—Juliette...

—¡Maldita sea, Warner! Tengo que intentarlo. Tienes que dejar que lo vea.

—No es una buena idea. —No me mira a los ojos—. Es peligroso que pienses que existe alguna posibilidad de que alguien haya sobrevivido.

Observo su silueta fuerte y firme mientras se estudia las manos.

—Por favor —susurro.

Suspira.

—Tengo que ir a las instalaciones mañana o pasado, solo para supervisar mejor la reconstrucción de la zona. —Se pone tenso al hablar—. Hemos perdido a muchos civiles —añade—. Demasiados. El resto de ciudadanos, como es normal, están traumatizados y hundidos, lo que pretendía mi padre. Han perdido la última esperanza que tenían de rebelarse.

Respira tensamente.

—Y ahora todo tiene que volver a la normalidad rápidamente —dice—. Están retirando e incinerando los cuerpos. Las viviendas dañadas están siendo reemplazadas. Están obligando a los civiles a volver al trabajo, están trasladando a los huérfanos, y los niños que quedan son obligados a asistir a las escuelas de su sector. El Restablecimiento —concluye— no deja tiempo para que la gente llore.

Un silencio intenso nos rodea.

—Mientras esté supervisando las instalaciones —dice Warner—, puedo encontrar algún modo de llevarte al Punto Omega. Puedo enseñarte lo que ha pasado y después, una vez hayas visto las pruebas, tendrás que elegir tú misma.

—¿Elegir el qué?

—Elegir qué hacer. Puedes quedarte conmigo —dice, vacilando— o, si lo prefieres, puedo arreglármelas para conseguir que vivas sin ser detectada en alguna zona no regulada. Pero será una vida solitaria —añade en voz baja—. No pueden descubrirte jamás.

—Ah.

Una pausa.

—Sí —dice.

Otra pausa.

—O *bien* —replico— me marchó, encuentro a tu padre, lo mato y me enfrento a las consecuencias yo sola.

Warner intenta sonreír sin éxito. Baja la vista y se ríe un poco antes de mirarme a los ojos. Niega con la cabeza.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Mi querida niña.

—¿*Qué*?

—Llevo mucho tiempo esperando este momento.

—¿Qué quieres decir?

—Por fin estás lista —dice—. Por fin estás lista para luchar.

La estupefacción me deja paralizada.

—Por supuesto que lo estoy.

En un momento, los recuerdos del campo de batalla me invaden; el terror de morir de un disparo. No he olvidado a mis amigos ni mi renovada convicción: mi determinación de hacer las cosas de otra forma, marcar la diferencia y luchar de verdad esta vez, sin dudar. Pase lo que pase y descubra lo que descubra. Ya no hay vuelta atrás. No tengo alternativas. No he olvidado.

—O avanzo o muero.

Warner se ríe a carcajadas. Parece que vaya a echarse a llorar.

—Voy a *matar* a tu padre —le digo— y acabaré con el Restablecimiento.

No deja de sonreír.

—Voy a hacerlo.

—Ya lo sé —dice.

—¿Y entonces por qué te ríes de mí?

—No me río —murmura—. Solo me preguntaba si querías que te ayudara.

## CUATRO

—¿Cómo? —Pestañeo rápido, incrédula.

—Siempre te he dicho —me dice Warner— que tú y yo formaríamos un gran equipo. Siempre he dicho que estaba esperando a que estuvieras preparada... para que reconocieras tu propia ira, tu propia fuerza. Llevo esperando esto desde el día en que te conocí.

—Pero tú querías usarme en favor del Restablecimiento. Quisiste que torturase a gente inocente.

—No es cierto.

—¿Cómo? ¿Pero qué dices? Tú mismo me dijiste que...

—Te mentí. —Se encoge de hombros, dejándome boquiabierta.

—Hay tres cosas que debes saber sobre mí, querida. —Da un paso hacia adelante—. La primera —dice—, es que yo odio a mi padre más de lo que jamás podrás llegar a comprender. —Se aclara la garganta—. La segunda, es que soy una persona egoísta carente de remordimientos que, casi siempre, toma decisiones basadas exclusivamente en su propio interés. Y la tercera —se detiene bajando la vista y se ríe un poco—: nunca he tenido la intención de utilizarte como arma.

No me salen las palabras. Retrocedo hacia la cama y me siento. Estoy entumecida.

—Ese fue un plan muy elaborado que diseñé exclusivamente para mi padre —dice Warner—. Tuve que convencerlo de que sería buena idea invertir en alguien como tú, que podríamos utilizarte para obtener beneficios militares. Y para ser honesto, aún no sé cómo lo logré. Es una idea absurda. Gastar todo ese tiempo, dinero y energía en reformar a una niña que supuestamente está loca ¿solo para torturar? —Niega con la cabeza—. Desde el principio supe que sería un

esfuerzo inútil, una absoluta pérdida de tiempo. Hay métodos mucho más eficaces para extraer información de quienes se resisten.

—¿Entonces para qué... para qué me querías?

Sus ojos brillan con sinceridad.

—Quería analizarte.

—¿Cómo? —digo con la voz entrecortada.

Se gira hacia mí.

—¿Sabías —dice, en voz tan baja que tengo que esforzarme para oírlo— que mi madre vive en esa casa? —Mira hacia la puerta cerrada—. Esa a la que te llevó mi padre. Donde te disparó. Ella estaba en su habitación, justo al final del pasillo que había donde te tenía retenida.

Al no responder, Warner se gira para mirarme.

—Sí —murmuro—. Tu padre mencionó algo sobre ella.

—¿Cómo?— Una señal de alarma revolotea por su rostro. Oculta la emoción apresuradamente—. ¿Y qué... —dice, haciendo un esfuerzo por parecer tranquilo— dijo de ella?

—Que está enferma —le digo, odiándome a mí misma por el temblor que recorre su cuerpo—. Que la tiene allí porque no se siente bien cuando está en las instalaciones.

Warner se inclina contra la pared, como si necesitase un apoyo. Respira con dificultad.

—Sí —dice finalmente—. Es cierto, está enferma. Enfermó de repente. —Sus ojos se centran en un punto distante de otro mundo—. Cuando yo era niño, parecía estar perfectamente —dice, girando sin parar el anillo de jade del dedo—, pero un día... se derrumbó. Llevo años enfrentándome a mi padre para buscar un tratamiento, para encontrar una cura, pero nunca se ha preocupado. Traté de encontrar alguien que la ayudase, pero, contactase con quien contactase, nunca había médicos disponibles para ella. Nadie —dice, casi sin respirar— sabía qué le pasaba. Vive en un estado de constante agonía —dice— y yo siempre he sido demasiado egoísta para dejarla morir.

Levanta la vista.

—Y entonces oí hablar de ti. Había escuchado historias sobre ti, rumores —dice—. Y eso me dio esperanzas por primera vez. Quise llegar a ti; quería estudiarte. Quería cono-

certe y comprenderte de primera mano. Porque, en toda mi investigación, tú fuiste la única persona de la que oí hablar que podía ofrecerme alguna respuesta acerca de qué le sucedía a mi madre. Estaba desesperado —dice—. Quería probar lo que fuese.

—¿Qué quieres decir? —pregunto—. ¿Cómo podría alguien como yo ser capaz de ayudarte con tu madre?

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, irradiando angustia.

—Porque, querida, tú no puedes tocar a nadie. Y a ella —dice— nadie la puede tocar.